

## LA FILOSOFIA EN GRECIA

Cuando indagamos el origen —en lo humano— de nuestra cultura —de esta que llamamos occidental, que es también la cultura que ha predominado en el mundo civilizado— nos remontamos siempre hasta la Grecia antigua, y de allí no pasamos.

Fue Grecia (siglos VI a II antes de J.C.) un pueblo excepcionalmente dotado para el pensar filosófico, y en él suele buscarse también el origen de la filosofía. Estas condiciones especialmente aptas brotan de una peculiaridad general de aquel pueblo: su carácter esencialmente humanista. Toda la cultura griega se desarrolla en torno al hombre, y brota de la serena contemplación de la naturaleza humana. El arte griego no representa a descomunales dioses ni a desatadas fuerzas de la naturaleza, como acontecía en los otros pueblos de su época, sino al hombre armónico, al canon de sus perfecciones. Un Apolo o una Venus griegos tienen como medidas somáticas la media aritmética de multitud de medidas experimentalmente tomadas. La concepción arquitectónica de sus templos busca psicológicamente la serenidad de la contemplación del espectador, incluso deformando ligeramente las líneas teóricas para corregir las ilusiones ópticas. La vida política se construye ajustada al verdadero hombre, como una democracia de libre, humana y flexible administración. Hasta sus mismos dioses son hombres con sus facultades potenciadas, pero armónica y bellamente potenciadas.

Pues bien, este espíritu humanista liberó en Grecia al pensamiento del armazón irracional —mito y religión— con que se presenta en los pueblos anteriores

y exteriores a Grecia, e hizo posible la reflexión puramente filosófica.

Se ha discutido largamente si es justo hacer comenzar la filosofía con la cultura griega, despreciando cuanto de filosófico pueda haber en las más antiguas culturas orientales. No puede dudarse de que en los libros sagrados indios, por ejemplo, se oculta un gran caudal de sabiduría. Según unos, la filosofía comienza en Grecia porque el pueblo griego descubrió la razón. Admiten los que esto opinan que los antiguos egipcios conocían, por ejemplo, medios geométricos para la agrimensura, tan necesaria entre ellos por las avenidas del Nilo; que los caldeos sabían astronomía; que los indios y chinos poseían profundos conocimientos, aunque fuera racional su origen, eran poseídos ambientalmente, no como productos de la razón, sino como revelaciones mágicas, o como "secretos de la naturaleza" casual o sobrenaturalmente revelados. Sólo en Grecia se plantean racionalmente las cuestiones y sólo allá la razón fue utilizada como medio adecuado de penetrar en la realidad. Los griegos tomaron conocimiento del valor de la actividad racional, descubrieron la razón.

En los antípodas de esta teoría se encuentra otra que quiere descubrir la más profunda sabiduría en los textos sagrados de la India, y no ve en la cultura griega más que una reducción de proporciones y de horizontes respecto a la filosofía oriental, que le ha proporcionado cuanto tiene de positivo. Piénsese en el culto de Dionisos, en los mitos órficos, en el pitagorismo, en el propio Platón, en el período helenístico. Consecuentes con esto, Schopenhauer y Pablo Deussen, entre otros, intentan construir su sistema bajo la inspiración de la filosofía hindú.



Aunque la verdad no se halla siempre en el término medio, como acontece con la virtud, sí parece encontrarse en este caso. Es cierto que en los libros sagrados de Confucio y en los Vedas se halla toda una concepción del Universo expresada en mil máximas éticas y psicológicas. No lo es menos que el hombre ejerció desde su origen la facultad racional, que no es monopolio de invención de ningún pueblo. Sin embargo, ha de afirmarse también que es en Grecia donde por primera vez aparece un planteamiento verdaderamente filosófico, es decir, donde se concibe a la realidad como asequible a la razón, y a ésta como el instrumento adecuado para lograr una concepción del Universo.

No debe despreciarse, pues, el caudal de sabiduría filosófica que se encierra en las literaturas orientales, pero es justo que comencemos por Grecia nuestro estudio de este esfuerzo titánico del hombre contra el misterio que le rodea que llamamos filosofía, porque allá encontramos las primeras soluciones verdaderamente sobre numerosos temas del pensamiento griego, con lo que, indirectamente, habremos de entrar en contacto con su contenido y con su espíritu.

## LOS PRIMEROS FILOSOFOS COSMOLOGOS

Fueron el siglo VI antes de J.C. y la ciudad de Mileto —puerto griego de la costa de Asia Menor— la época y el escenario de los más remotos intentos filosóficos de que poseemos noticia. Allí vivió un personaje cuyo conocimiento llega hasta nosotros envuelto en la oscuridad de la leyenda y del mito: Tales de Mileto uno de los fabulosos siete Sabios de Grecia.

Lo que movió a los hombres a filosofar fué, como hemos dicho la admiración, y lo que históricamente les admiró fue, ante todo, el cambio y la multiplicidad de individuos, experiencias que parecen contradecir vivamente a la inmutabilidad y unidad de las ideas.

Pues bien, los primeros filósofos procuraron encontrar en el mundo físico —en la realidad material siempre cambiante que nos rodea un fondo estable, un sustrato permanente al que todas las sustancias se redujeron, algo ante lo que la multiplicidad y el cambio se convirtieron en apariencias.

De Tales no sabemos más de lo que Aristóteles nos dice: que el principio buscado creyó encontrarlo en el agua, sustancia originaria que estaría en el fondo de todas las cosas; Podemos suponer algunos motivos que psicológicamente actuarían en aquel pensamiento todavía primitivo: el agua del mar es el límite de la tierra, y más allá de nuestro mundo aseguran los navegantes que se extiende el océano infinito; si profundizamos bajo nuestro suelo encontramos frecuentemente agua; el agua desciende del cielo y hace brotar la vida de las plantas, que son, a su vez, el alimento de los animales; el agua, en fin, puede transformarse por la temperatura en sólida y en gaseosa: el principio (arjé) de todas las cosas será, pues, el agua.



Anaximando, otro filósofo de aquel legendario núcleo milesio, opinó que ese principio o fondo común de todas las cosas no debe ser el agua precisamente, sino una sustancia indeterminada, invisible y amorfa de donde el agua y todos los elementos de la naturaleza proceden. Llamó a este principio el **apeirón** (lo indeterminado). Y como lo indeterminado viene a identificarse con el caos para los griegos, pueblo amante de lo concreto limitado de la perfección de la forma, habrá de buscarse en la afirmación de Anaximando la primitiva creencia griega de que el mundo (el Cosmos, ordenado) procede del Caos, creencia que ya expresaba la Teogonía de Hesíodo:

Mucho antes de todas las cosas existió el Caos; después, la Tierra especiosa.

Y en el principio también existía Eros, que es la fuerza motriz y generadora y el más hermoso de todos los Dioses.

El paso decisivo de una teogonía (generación de los Dioses del paganismo) como la de Hesíodo a una cosmología (conocimiento filosófico de las leyes generales que rigen el mundo físico) como la que ya se advierte en los primeros naturalistas de Mileto constituye evidentemente la muestra más palpable del "milagro griego". Filósofos de la naturaleza fueron los presocráticos Tales, Anaximandro y Anaxímenes, que profesan una actitud intelectual que, partiendo del mito, se encara con el mito mismo y expresa una posición humana que hace frente a la realidad e inquiere su causa. La revisión de los mitos hesiódicos entraña ya un avance singularísimo en el estudio de la naturaleza; pone a prueba toda la gran riqueza mística oriental que, caótica y ordenadamente, había recibido el mundo griego a través de Jonia y de la cultura egipcia. Cuando el rigor intelectualista de los

primeros filósofos presocráticos se distancia un tanto de la tradición y, aun sin perderla de vista, toma como punto de partida "las cosas existentes" y que muy bien pudiera aplicarse, con claro sentido restrictivo, a las cosas que los sentidos del hombre perciben, la realidad del "milagro griego" está virtualmente dada. Es una mirada a lo real, al reino físico que los sentidos del hombre testimonian, lo que revela al hombre su poder y su limitación; podrá contar ya con las fuerzas naturales, podrá incluso temerlas o reverenciarlas, pero en cualquier caso, y esto le incita y le acongoja como hombre, las percibe y las ve como verdaderas realidades, sea cual fuere su fuente de origen.

Hay implícito aquí todo un problema de conocimiento. El uso de los sentidos, es decir, de un instrumento humano al que se otorga valor preponderante, va a revolucionar en gran medida el tono mismo de la doctrina helénica.

Un tercer filósofo de Mileto, por fin, Anaxímenes, sostuvo que el principio común de la aparente multiplicidad y variabilidad de las cosas es el aire. El debió aparecer a los ojos de Anaxímenes como el medio vital, y la capa que envuelve a la tierra, fuente de la vida y origen de todas las cosas. El aire, por otra parte, tiene la apariencia sutil, indivisible y amorfa que Anaximandro reclamaba para el principio universal.

Este mismo concepto de orden universal hizo admitir otra aportación de la filosofía india: el eterno retorno, la pervivencia terrena de las almas que trasmigran a otro cuerpo cuando sobreviene la muerte, repitiendo así la sinfonía infinita del Universo. Esta idea de la metempsícosis pasará, como veremos a Platón, que recoge varios temas del pitagorismo.



## PITAGORAS Y SU ESCUELA

Poco después de estos filósofos (siglo V), en la colonia griega del sur de Italia (Magna Grecia) fundó Pitágoras una asociación que era a la vez escuela filosófica y comunidad religiosa. Esta escuela, en la que no sabemos qué debe atribuirse a su fundador y qué a sus discípulos, tenía algo de secreto y misterioso, como misterioso y nuevo era el culto al dios Dyonisos, cuya fe profesaban. El culto dionisiaco se inspiraba en los misterios órficos (revelados al poeta y músico Orfeo), pero representaban en realidad una penetración en el mundo heleno de las oscuras religiones, predominantemente monoteístas, de los pueblos orientales. Se ha contrapuesto muchas veces lo apolíneo y lo dionisiaco. Apolíneo es el espíritu griego: culto a la forma, a lo limitado, a la serena claridad de lo humano perfecto; dionisiaco, el dominio de las fuerzas oscuras de la naturaleza, la intensidad de las pasiones profundas, el principio indeterminado, caótico, informe, que procedió y que rodea amenazante al orden limitado de lo humano.

Los pitagóricos fueron los introductores de este nuevo culto verdaderamente religioso y atormentado, por oposición al humanismo con que en Grecia se concebía a la religión y al esteticismo de que se la rodeaba. Los griegos suponían que bajo su inspiración se realizaban sacrificios crueles y orgías, prácticas inconcebibles para la mentalidad griega.

No es ésta, sin embargo, la principal aportación de esta escuela en orden a la filosofía. Los pitagóricos fueron grandes cultivadores de las matemáticas y creyeron encontrar en los números el principio (*arjé*), que los milesios habían creído descubrir en los elementos naturales.

Ellos observaron que en la matemática es donde únicamente se puede obtener la exactitud completa y la evidencia absoluta; que el movimiento de los cuerpos celestes puede estudiarse matemáticamente y predecirse así los eclipses y demás fenómenos; que hasta en las bellas artes, la música está sometida a número y medida. Y fácil les fue concluir que el secreto del Universo está escrito en signos matemáticos, que ellos son el principio fundamental del que todo se deriva.

Pero, como participaban de la afición oriental a lo arcano y misterioso, envolvieron también esta teoría con el velo de un saber culto, reservado sólo a los iniciados. Asignaron así a los números una significación cabalística y a algunos un simbolismo sagrado. De este modo creían poseer una clave para la interpretación del Universo. Todo para ellos se hallaba regido por el número y el orden; los cuerpos siderales, en su acompasado movimiento, interpretan una sinfonía musical, que no es percibida por el oído humano.

Las raíces gnoseológicas de la escuela pitagórica consistían en que los filósofos de la Liga Pitagórica divorciaban los números de las cosas, transformándolos en seres independientes, a los que elevaban al plano de lo absoluto y divinizaban. Según los pitagóricos, la mónada sagrada, o sea la unidad, es la madre de los dioses, el principio universal y fundamento de todos los fenómenos naturales. Dos es el principio de la oposición, el aspecto negativo de la naturaleza. De acuerdo con las ideas pitagóricas la naturaleza forma el cuerpo (tres), que constituye el principio triédrico y sus elementos contrarios. El cuatro es la imagen de los cuatro elementos de la naturaleza. En el número 10 los pitagóricos veían la Década sagrada, funda-



mento del cálculo y de toda la mística de los números, así como la imagen del universo formado por diez esferas con diez astros.

La idea de que en la naturaleza todo se halla sujeto a determinadas relaciones numéricas condujo a los pitagóricos, al absolutizar el número, a la tesis de que el fundamento último de todos los fenómenos de la naturaleza radica precisamente en el número, no en la materia.

A esta doctrina pitagórica de los números se halla ligada a la teoría de que todas las cosas se componen de contrarios: limitado e ilimitado, par e impar, uno y múltiple, derecho e izquierdo, masculino y femenino, reposo y movimiento, recto y curvo, luz y sombra, bien y mal, rectángulo y cuadrado.

Los pitagóricos atribuían una importancia filosófica fundamental a la pareja de contrarios de lo ilimitado y lo limitado. Lo limitado es el fuego, y lo ilimitado, el aire ("el vacío"); el mundo respira "el vacío" y consiste en la acción mutua del fuego y del aire.

## HERACLITO Y PARMENIDES

Con Heráclito (535-475, fechas aproximadas) volvemos al Asia Menor. Se cree lo más probable que Heráclito pasara la mayor parte de su vida en Efeso. Es de 30 a 40 años más joven que Anaxímenes, Pitágoras y Jenófanes y del mismo tiempo que Parménides. Parte de ideas comunes a los filósofos milesios de la naturaleza, pero llega mucho más lejos. Es un espíritu crítico por excelencia. No tiene para Pitágoras y Jenófanes más que palabras de sarcasmo y desprecia a Hesíodo y hasta a Homero. Aristócrata de origen, sus ideas rebosan menosprecio por el vulgo y sólo cuentan para él los grandes de verdad. Participó en la destrucción de las ciudades jónicas por los persas en Asia Menor, de la que sólo quedó en pie su propia ciudad.

La filosofía de Heráclito es la del devenir. Nada existe, todo deviene. Todo está en perpetuo movimiento "Todo pasa y nada queda". No puede uno bañarse dos veces en la misma corriente, puesto que el agua siempre cambia, siempre es otra. Y así todo. Nada es duradero, permanentemente; el ser de las cosas es cambio, devenir. Y este devenir se efectúa en incesantes contrarios: de la vida se produce la muerte, de la muerte la vida; del velar el sueño; del sueño el despertar; de la juventud la vejez, de lo viejo lo joven; de las partes del todo y del todo las partes. El mundo es, pues, una gran armonía a base de contrarios en tensión. Pero en todo esto, también Heráclito supone un principio primero: el fuego, del que todo sale y al que todo vuelve. Con este fuego está relacionado el espíritu: también el fuego es el principio de la vida. Heráclito habla asimismo del logos (la palabra, la razón, el sentido). El logos lo explica todo y todo sucede de acuerdo con el logos. Luego, hay que vivir



conforme al logos, porque el logos es propiedad común de todos.

Por lo tanto, también Heráclito postula, a pesar de todo, la prioridad de la unidad. En el logos todo es uno: "De todas las cosas sale lo uno y de lo uno todas las cosas". Pero esta unidad solo se verifica entre contrarios. De ahí que sea la guerra o la pelea la madre de todo. "Los contrarios se unifican, de las diferencias se forja la más bella armonía y todo se crea por la lucha". Esta regla no sólo es válida para la naturaleza, sino también para las relaciones entre los hombres y hasta para las tendencias encontradas en un mismo hombre. Heráclito podía proclamar también que había tratado de sondear su propio ser.

Parménides de Elea (540-475 aprox.). Parménides es, con Heráclito, el más grande de los pensadores presocráticos. Parece conocer muy bien a sus predecesores y los combate con vehemencia, en especial a los pitagóricos y a Heráclito. Frente al postulado de Heráclito afirmando que el ser de la realidad es puro cambio, contrapone la inmutabilidad del ser. Toda la importancia de Parménides reside en sus reflexiones sobre la noción del ser. Sus pensamientos están expuestos en un poema que se ha dado en titular **Sobre la naturaleza**. Este poema está dividido en una introducción y dos partes. En la introducción explica cómo la verdad le ha sido revelada por la Divinidad. Dice que hay dos vías de conocimiento: una verdadera y otra engañosa. La engañosa es la del seudo-conocimiento, que es la que se ha recorrido hasta él, puesto que siempre habían sido la pluralidad y el cambio los pensamientos fundamentales precedentes y ambos pensamientos reposan sobre el engaño de los sentidos. Sobre esto trata Parménides en la segunda parte de su poema para advertir —según dice— los errores reproducidos.

En la primera parte trata de la verdadera realidad que sólo puede alcanzarse con el entendimiento. El ser es uno. Porque fuera del ser sólo hay el no-ser. Y el no-ser no existe, porque ¿cómo podríamos pensarlo? Sólo el ser puede ser pensado: "ser y pensar es, pues, lo mismo". Si el ser es uno, no puede tener principio. Porque de la nada no puede salir nada. Y por eso tampoco tiene fin. El ser no tiene, por tanto, ni pasado ni futuro, tan sólo es en un ahora eterno. Es indivisible, porque si fuera divisible habría más de un ser. Es asimismo inmutable, porque todo cambio encierra un no-ser. El ser se extiende a todas partes por muy lejos que estén estas partes y sus límites están en todas partes igualmente lejos de su centro.

Esta última proposición nos dice bien claro que el pensamiento de Parménides descansa en una visión genial que ha tratado de explotar consecuentemente sin darse perfecta cuenta del carácter puramente espiritual de su pensamiento. Pese a su idea de la identidad del ser, la realidad sigue siendo para él una unidad en que no se distinguen los aspectos espiritual y material. Por eso acaba por verla como una copa, es decir, como un espacio material y por lo mismo también las contradicciones que ha de encajar. Su pensamiento mantiene en alto los derechos del espíritu contra los de los sentidos.

Así pues, en la contradicción radical que movió a los hombres a filosofar, Heráclito resolvió a favor del mundo de los sentidos, y Parménides a favor de la razón, negando la experiencia sensible.



### ZENON DE ELEA

Zenón de Elea, discípulo y continuador de Parménides, vivió a mediados del siglo v. a. n. e.

Siguiendo las huellas de su maestro sostenía que el "verdadero ser" es único e inmóvil, y cognoscible exclusivamente por medio de la razón (del pensamiento), no por los sentidos. Trató de demostrar que el movimiento y la multiplicidad no corresponden al "verdadero ser", sino que son objeto de la "opinión", de la percepción sensible, por lo cual no puede captarlos el pensamiento. Y que admitir la existencia del movimiento y de la multiplicidad conduce a contradicciones insolubles (en griego, "aporías").

La primera objeción de Zenón contra el movimiento (argumento de la "dicotomía", división en dos) estriba en este razonamiento: un objeto que se mueve tiene que pasar por la mitad del camino antes de llegar a su extremo; pero antes de alcanzar esta mitad debe pasar por la mitad de esta mitad y así hasta el infinito.

El segundo argumento es el llamado argumento de "Aquiles y la tortuga", que dice así: Aquiles inicia su carrera en el momento en que la tortuga, que le lleva cierta ventaja, comienza a moverse en la misma dirección. Aquiles nunca alcanza a la tortuga, pues cuando logra llegar al punto en que ésta se hallaba antes, la tortuga ya se había alejado cierto espacio, mientras él llega a la posición precedente, la tortuga se ha alejado de nuevo un poco más, y así hasta el infinito.

El tercer argumento de Zenón es el de "la flecha que vuela" y consiste en lo siguiente: en cada punto de su

trayectoria, la flecha que vuela se halla en reposo. Dicho en otros términos: el movimiento no existe en el "verdadero ser", puesto que la suma de estados de reposo no puede dar el movimiento.

### ANAXAGORAS Y EMPEDOCLES

Anaxagóras de Clezómenes (alrededor de los años 500-428 a. n. e.) considera que el fundamento de todos los fenómenos de la naturaleza son unas partículas materiales, llamadas por él "semillas de las cosas", que se distinguen por su diversidad cualitativa. Los cuerpos derivan de esos primeros elementos parecidos cualitativamente a ellos (así, por ejemplo, la carne se compone de partículas de carne; la sangre, de gotitas de sangre; los huececillos, etc.). Posteriormente, estas partículas fueron llamadas "homeomerías" (partes semejantes al todo).

Anaxagóras explicaba el movimiento de las "homeomerías" por una fuerza exterior a ellas, el "Nous" o "Inteligencia" universal, por la cual entendía el más sutil y ligero de todos los seres.

La doctrina de Anaxagóras que sostenía que los cuerpos se componen de combinaciones de partículas de una cualidad determinada y que el cambio de los fenómenos naturales se reduce a la combinación y disgregación de esas partículas. Se distinguía de la doctrina heraclitiana de la transformación de las cosas en sus contrarias.

Empedocles (490-437) pasó la mayor parte de su vida en Sicilia, habiendo nacido en Agrigento. Nos son conocidas algunas partes de sus obras en versos **Sobre la naturaleza y Purificaciones**. La primera filosófico-naturalista, la segunda es de carácter místico-religioso.



so. La relación entre ambas es bastante remota. En su libro sobre la naturaleza abunda con Parménides en que en la realidad no hay nacimiento ni muerte, orto ni ocaso. Las distintas formas de la realidad son sólo efectos de combinación y separación de los cuatro elementos (raíces): agua, aire, fuego y tierra. Este proceso es alimentado por las dos fuerzas contrarias que todo lo dominan: el amor y el odio. En el principio, los cuatro elementos se mantienen en armonía por el amor. Pero el odio entra en acción para quebrantar más y más esta armonía original. Aunque el amor, por último, lanza su contraofensiva y estrabrece la situación de origen, con lo que el proceso vuelve a empezar. En este proceso de combinación y separación aparece también el ser vivo, los más prodigiosos monstruos, hasta que sobreviven sólo los seres más viables, en virtud de la ley según la cual lo igual atrae a lo igual y lo desigual a lo desigual repele. Del mismo modo se entiende el conocer como un proceso de asimilación: "por la tierra conocemos la tierra, por el agua conocemos el agua, por el aire el divino aire y por el fuego el fuego devastador".

## LOS ATOMISTAS GRIEGOS

Leucipo vivió entre los años 500, 400 A.C., fué el primer filósofo de la Antigüedad que expuso una doctrina de los átomos, concebidos como partículas materiales indivisibles; fué asimismo el primero que formuló una teoría del vacío; También se debe a Leucipo la formulación del principio de causalidad al decir que "ninguna cosa surge sin causa; todo surge por alguna razón y en virtud de la necesidad".

Demócrito (aproximadamente 460-370 A.C.), discípulo de Leucipo y uno de los más eminentes pensadores de la Antigüedad. Demócrito nació en Abdera, gran ciudad comercial de la Tracia. Viajó mucho por Egipto, la India y Babilonia, familiarizándose así con los conocimientos alcanzados por los antiguos pueblos de Oriente. Se sabe también que estuvo en Atenas, donde estudió filosofía y escuchó a Sócrates sin revelar su nombre ni mostrarse de acuerdo con sus ideas.

Escribió numerosas obras pero de ellas sólo han llegado fragmentos suyos hasta nosotros. Su obra fundamental llevaba el título de **Méga Diakosmos** ("La gran ordenación"). En sus libros se abordaban los problemas de la filosofía y la lógica, de la cosmología, la física, la biología, así como los problemas de la vida social, de la psicología, la ética, la pedagogía, la filología, el arte, la técnica, etc.

Demócrito en su explicación de los fenómenos de la naturaleza adoptó la teoría atomista de Leucipo y enriqueció a la ciencia con un admirable esbozo de la teoría atómica de la estructura de la materia. La concepción atomista de Demócrito descansa sobre el principio del movimiento de la materia. Según dicha